

Dissidences

Hispanic Journal of Theory and Criticism

Volume 6 | Issue 11

Article 16

January 2016

Padilla, José Ignacio. El terreno en disputa es el lenguaje: Ensayos sobre poesía latinoamericana. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2014. 280 pp.

Javier García Liendo
Washington University in Saint Louis, jgarcialiendo@wustl.edu

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), and the [Spanish Literature Commons](#)

Recommended Citation

García Liendo, Javier (2016) "Padilla, José Ignacio. El terreno en disputa es el lenguaje: Ensayos sobre poesía latinoamericana. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2014. 280 pp.," *Dissidences*: Vol. 6 : Iss. 11 , Article 16.

Available at: <https://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences/vol6/iss11/16>

This Review / Reseña is brought to you for free and open access by the Journals at Bowdoin Digital Commons. It has been accepted for inclusion in Dissidences by an authorized editor of Bowdoin Digital Commons. For more information, please contact mdoyle@bowdoin.edu.

Padilla, José Ignacio. *El terreno en disputa es el lenguaje: Ensayos sobre poesía latinoamericana*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2014. 280 pp.

Keywords / Palabras clave

Latin American poetry, vanguardia, avant-garde, Padilla, Peruvian poetry, literary criticism

Padilla, José Ignacio. *El terreno en disputa es el lenguaje: Ensayos sobre poesía latinoamericana*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2014. 280 pp.

Javier García Liendo
Washington University in Saint Louis

Este libro estudia una constelación de poetas latinoamericanos organizada a partir de un doble recorte: espacialmente, propone un archivo transnacional (Perú, Chile y Brasil) constituido por las obras de Mario Montalbetti, Andrés Anwandter, Martín Gubbins, Jorge Eduardo Eielson, Augusto y Haroldo de Campos, Décio Pignatari, Vicente Huidobro y Alberto Hidalgo; temporalmente, vincula las épocas de la vanguardia (años veinte y treinta) y de la neovanguardia (años cincuenta y sesenta) con la primera década del siglo XXI. Lenguaje, capitalismo y experiencia constituyen los términos de una compleja discusión teórica que organiza ese archivo. En su forma más sintética, esta discusión sostiene que el capitalismo elabora el relato de una comunicación social funcionalmente exitosa cuya base es la idea de que el mundo social y la subjetividad tienen su condición de posibilidad contemporánea en la transparencia del lenguaje, la cual garantiza la validez de las formas e imaginarios disponibles para narrar la experiencia. En el capitalismo el lenguaje es presentado como un espacio despolitizado y poco relevante, pero esto no es sino un modo totalitario de ejercer la dominación. Así, el lenguaje es visualizado como el *terreno en disputa*. José Ignacio Padilla ubica la poesía en ese terreno mostrándola como actos que intentan interrumpir el tejido ideológico, oscureciendo y problematizando la transparencia del lenguaje al operar con la ilegibilidad de la materia misma con la que se narra la experiencia.

Esta discusión teórica no profundiza en algunos de sus argumentos ni es ofrecida en una sección específica del libro, sino que exige al lector un esfuerzo continuo de interpretación siguiendo los desarrollos parciales que se van presentando con cada poeta y período estudiado. No obstante, se trata de un debate de gran interés, en diálogo con las tesis de Paolo Virno y algunos elementos de la reflexión sobre el capitalismo de Félix Guattari. Puesta en términos propios, podría decirse que el capital necesita de una teoría de la verdad como correspondencia. A medida que el lenguaje va siendo organizado como parte fundamental de la producción capitalista –lo que para Virno alcanzaría su máxima visibilidad en el período postfordista– se genera una domesticación funcional del mismo que lo pone al servicio de la producción y la reproducción del orden retórico de lo social y el consenso sobre este. El consenso necesita de una idea del lenguaje que garantice la verdad y la interpretación, lo que se fundamenta a nivel lingüístico en la significación (la equivalencia entre significante y significado) y a nivel discursivo en la representación (la legibilidad como principio hermenéutico). De esta manera, el “capital semiótico” (15) constituye y narra al individuo y lo social, al afecto, el deseo, lo posible y lo vivible. El lenguaje administrado gobierna la experiencia, y la poesía sería una práctica capaz de hacer visible esa situación abogando por la búsqueda radical de un nuevo lenguaje para la experiencia. Hay aquí, sugeriría, una influencia de posicionamientos anarquistas frente al capitalismo, y al mismo tiempo la defensa de un marcado optimismo por la posibilidad de la poesía de asumir el rol del crítico de la ideología. De otro lado, estas ideas plantean la pregunta de por qué el autor sólo relaciona estas transformaciones de la cultura en el capitalismo con el período postfordista. El reconocimiento de muchos puntos de contacto con los conocidos debates de la subsunción de la cultura por el capitalismo industrial (la Escuela de Frankfurt o Walter Benjamin para no ir más lejos) podría haber proyectado la discusión hacia las vanguardias proponiendo otras periodizaciones para la problemática cultura-capitalismo.

El libro está dividido en tres secciones organizadas de forma retrospectiva. En la sección inicial se estudia la poesía de Montalbetti, Anwandter y Gubbins, publicada sobre todo en la primera década del presente siglo. Los usos de la lengua que proponen estos tres poetas intentan hacer visibles las capas históricas de sentido que se han acumulado en las palabras y las estructuras gramaticales; decires que hablan al sujeto, al Estado-nación, a los procesos de individuación y memoria. Con respecto a Montalbetti, Padilla sobrepone su análisis con las propias reflexiones del poeta sobre el lenguaje, las cuales mantienen un agudo diálogo con el psicoanálisis lacaniano, especialmente su teoría del “poema como aberración significativa” que define el poema como “resistencia a hacerse signo” (17-18). El interés de la poesía de Montalbetti en el error lingüístico (26) o en la materia lingüística no del todo simbolizada, muy cercano al trabajo de César Vallejo (22), cifra momentos en los que lo real irrumpe en el orden simbólico desestabilizando “la unidad del imaginario” (27), las imágenes y palabras con las que somos narrados como sujetos no escindidos y sociedades funcionales. La poesía conceptual de Gubbins y Anwandter proponen distintos modos de trabajo con el lenguaje pero una misma actitud con respecto a él. Del último resalta Padilla una poesía cuyo procedimiento fundamental está en la recolección y la compilación de residuos lingüísticos (39). Palabras-residuos que provienen del habla de la calle, de los medios, de los sueños, etc., que se acumulan en el poema como una lista. Se pregunta el autor si en esta resistencia a la significación la poesía de Anwandter no está proponiendo una forma desviada de pensar lo político que tendría que ser contrastada con otras formas de elaborar la memoria en la postdictadura chilena (39-41). Del fascinante libro de Gubbins, *Fuentes del Derecho* (2010), se enfatiza el acto de hacer poesía con los discursos del estado (el Código Civil, los documentos jurídicos e incluso la reproducción de un acta notarial con sellos y huellas dactilares). La poesía toma términos y frases para combinarlos y producir cortocircuitos en el discurso de la ley y el Estado (66). Pero esta no es una operación conceptual abstracta, pues la inclusión de la “Declaración jurada de sobrevivencia”, documento legal legítimo, vincula el término *sobreviviente* con la historia de la violencia en Chile (69).

La segunda sección retrocede hasta la época de la neovanguardia para evaluar las obras de Eielson y de los concretistas brasileños. Uno de los temas que destaca en esta sección es la continua necesidad de la neovanguardia por sacar la poesía de la textualidad para imaginarla como una instancia de cruces entre cultura visual, oralidad y grafía. Para los concretistas se detectan dos períodos, los cuales funcionan como puente entre la vanguardia histórica y la neovanguardia. En los años cincuenta, la poesía del grupo Noigandres está caracterizada por la intersección entre una confianza vanguardista por el potencial crítico de la poesía y un impulso modernizador, técnico-utopista, que muestra su entusiasmo por los lenguajes de la modernidad (como la publicidad). Padilla analiza esa intersección en la noción del poema concreto o ideograma (151-53). Ve aquí la “ideología formalista del alto modernismo” que apuesta por la “autonomía y evolución de la forma” y por la “pureza del medio” (174). En cambio, en el segundo momento (años sesenta), los concretistas ejercen una crítica a su previo impulso celebratorio de la modernización, inclinándose por las formas impuras e híbridas de la cultura popular brasileña y la cultura de masas (179). Por otro lado, el estudio de la poesía de Eielson explora la tensión texto-imagen pero confluye hacia una posición más radical que mezcla en la obra las dimensiones materiales de la vida social y natural, tal como se expresa en la serie *Paisaje infinito*, donde pintura, huesos, arena y trapos se superponen (91). En *Poesía escrita* (1976) la materialidad del papel, del soporte de la escritura, interrumpe la idea de la poesía y el flujo de la significación. En los *Quipus* el nudo es la imagen de cruce y resistencia a la

significación, contrastada con un montaje de telas y acrílico que abandona la bidimensionalidad de la pintura y el predominio óptico para explorar la tridimensionalidad de los objetos y la experiencia táctil. La obra de Eielson es una continua reflexión sobre la materialización y desmaterialización que ingresa al “dominio impuro de los objetos y el espacio” (133).

La tercera sección propone regresar a “la cuestión de la vanguardia” (199) tomando como punto de apoyo a Huidobro e Hidalgo; sin embargo, se plantea una reflexión más amplia. En nadie mejor que en el chileno se expresa, para Padilla, la confianza en la palabra, entendiéndola como motor para la creación de una realidad autónoma (209). Además, la figura del poeta como creador elabora el mito del poema como autoproducción, el cual después –como en Anwandter– mostrará su lado más radical, generando el efecto de una poesía que parece autoproducirse prescindiendo del poeta en cuanto voluntad operativa. Esta lectura de Huidobro no es ni pretende ser completamente original, sino que busca mostrar las dislocaciones de la vanguardia que le interesan discutir a Padilla. Similar interés guía el análisis del *simplismo* de Hidalgo, un movimiento unipersonal, que se analiza como síntoma de pase entre el modernismo y la vanguardia, expresado en una “rabiosa defensa de la subjetividad” (249). Aunque su poesía está todavía dominada por la metáfora, en esta última se ha roto la correspondencia entre la palabra y el mundo. Hay un cortocircuito por el que todo se vuelve equiparable e intercambiable, situación que expresa el proceso de abstracción generado por el capitalismo en el lenguaje (252). La generalización del valor de cambio permite el intercambio de todo como mercancía, y la vanguardia, incluso siendo crítica, expresa esta nueva condición. Aquí surge la pregunta por las continuidades y rupturas que la lectura de Padilla implica entre el modernismo hispanoamericano y las vanguardias, tema que hubiera sido de mucho interés desarrollar.

En este momento el lector percibe que la estructura retrospectiva del libro es un elemento clave para entender la problemática “lenguaje, capitalismo y experiencia” que ha estado desplegándose hasta aquí, pues la vanguardia histórica aparece como el momento en que tal problemática se instala como interrogante de la poesía y llega hasta el presente. Al mismo tiempo, la estructura retrospectiva permite ver las relaciones entre la vanguardia y los otros dos momentos posteriores discutidos en el libro (neovanguardia y primera década del siglo XXI). Es posible interpretar en esta sección un doble movimiento argumentativo: a) en la vanguardia la poesía aparece como *lo otro* del lenguaje subsumido por el orden capitalista, y esta condición de otredad legitima una confianza moderna absoluta en el potencial crítico de la poesía; b) sin embargo, tal potencial no se ejerce desde un afuera incontaminado, pues la poesía se opone desde el interior como negatividad crítica. Lo que no es visible en la vanguardia histórica es el segundo movimiento. Allí todavía la poesía se presenta como una promesa de distancia, de un uso del lenguaje que pueda estar fuera y permita la crítica (la figura del crítico de la ideología). En cambio, con la neovanguardia el lenguaje de la poesía ya no puede ser asumido del mismo modo. Todavía hay confianza en la posibilidad crítica –expresada muchas veces en figuras utópicas, como en los concretistas–, pero está atravesada por la autoconciencia de la subsunción total del lenguaje en el orden capitalista. Tal autoconciencia será la que se intensifique después de la neovanguardia (momento en que principia el libro). La retirada de la fe moderna en el lenguaje cede paso a una serie de tácticas que tratan de interrumpir los flujos significantes, apelando a un lenguaje ensuciado con la materialidad, la política, los residuos físicos y simbólicos.

Padilla realiza una lectura de la vanguardia que se estructura sobre dos ejes. En primer lugar, critica las tesis de Peter Bürger, en particular el corolario de que las neovanguardias serían un retorno despolitizado y meramente estético de las vanguardias históricas. Padilla suscribe la

posición de Hal Foster para afirmar que es justamente el presente lo que permite leer de otro modo el pasado: las neovanguardias y sus reformulaciones posteriores hacen visibles la radicalidad y los límites de las vanguardias históricas. En segundo lugar, hay en este libro un continuo pero velado diálogo con las ideas de Ricardo Piglia –Padilla fue su estudiante en Princeton University– sobre la vanguardia como una operación de interrupción que toma posiciones distintas ante las condiciones sociales y técnicas de un determinado momento histórico. La relación entre vanguardia y experiencia, que en Piglia está mediada por las ideas de Walter Benjamin, es también un debate muy influyente en toda la construcción de este libro.

Un último aspecto sobre el que vale la pena llamar la atención, a modo de tema para un debate abierto, es la tesis central sobre la relación del capitalismo y la transparencia del lenguaje. Frente a ella, la oscuridad o la ilegibilidad son analizadas como poéticas y posiciones ético-políticas de resistencia. Pero uno puede preguntarse si acaso en esa tesis no es necesario incluir una reflexión sobre los *media*, otra dimensión material clave del tema: ¿y si los *media* actuales –relacionados con el desarrollo técnico de la Internet– no buscasen ya la transparencia sino, precisamente, la ilegibilidad como forma de dominación totalitaria? ¿Sería la transparencia, en estas nuevas condiciones técnicas, una estrategia política que habría que considerar? De la misma manera, quizás sea necesario debatir si las poéticas de la oscuridad –literarias y críticas– no cambian de función con las condiciones técnicas de la cultura. Aquí la problemática de la comunicación cobra un sentido diferente al que le da Padilla en su libro, para quien la comunicación parece ser solamente sinónimo de control totalitario.

Visto como unidad, este libro ofrece una estimulante y provocadora reflexión acerca de la poesía latinoamericana, inscribiéndola en el largo debate sobre cultura y capitalismo. Asimismo, realiza una valiosa apuesta por desarrollar modos de leer la poesía que superen el horizonte de la representación para recuperar la dimensión social de la forma y su condición material. *El terreno en disputa es el lenguaje* es un libro que no quiere ser académico por cuanto defiende un modo de lectura y de exposición argumentativa más cercano al ensayo. Pero esta apuesta impide, en algunos momentos del libro, el desarrollo de tesis e intuiciones que tienen mucho valor y potencial. De la misma manera, plantea un alto nivel de complejidad que podría haberse reducido organizando las principales tesis teóricas de otro modo. El libro se resiste a una lectura cerrada, lo que termina haciendo difícil la separación entre el pensamiento del autor y la interpretación del lector. Esto podría interpretarse como un generoso manifiesto en contra de la propiedad privada en el trabajo intelectual, pero es también un aspecto que lleva a lamentar el cierre propio de algunas de las problemáticas más interesantes del libro. Sin embargo, todo esto tendría que ser evaluado, al mismo tiempo, como los riesgos de una apuesta que intenta plantear la pregunta por los modos de leer y su relación con los aparatos institucionales en que ellos se resguardan.